

## Tribuna abierta

## Con el culo al aire

POR Koldo Mediavilla



**EH Bildu actúa siempre igual: regate en corto, confrontación y propaganda. Cada vez que anuncian voluntad de "mano tendida" es para sacudir un sopapo al PNV. Sin embargo, las conversaciones con Elkarrekin Podemos desprenden señales positivas. No para el PNV, sino para el país. Ojalá fructifiquen**

**I**NAZIO es un hombre maduro, guipuzcoano, que al menos una vez a la semana viene hasta Bilbao a despachar asuntos propios de su negociado. Es un vasco prototípico. Tradicional, emprendedor, responsable de su quehacer, amigo de los placeres, de una buena mesa y de una bodega. Marido, padre y aítona. Seguro defensor de su prole. Autodidacta, pero con amplios conocimientos en humanidades. Es, en resumen, un aldeano viajado, con las raíces bien hundidas en su tierra pero con sensibilidad cultural cosmopolita. Lo mismo disfruta del txotx entre kupelas que sueña, al raso, en un viñedo de la Toscana tras escuchar a Pavarotti en la Scala milanesa. Inazio es un vasco del siglo XX. Sí, del siglo pasado. No en vano, como muchos de nosotros, nació en él. Se crió, se formó y creció en las costumbres y en los principios de su tiempo. Y es difícil que a estas alturas de la vida cambie.

Hace unas semanas me sorprendió. Había venido a Bilbao, pero esta vez había llegado pronto, antes de lo habitual. Tenía la necesidad de acudir a unos grandes almacenes. Quería comprar una prenda que añoraba, que decía necesitar, desde hacía tiempo. Así que, ni corto ni perezoso, en cuanto el establecimiento abrió sus puertas se plantó allí y se hizo con el bien preciado. Al mediodía estaba sonriente. Como casi siempre... pero especialmente risueño. "¿Qué te pasa Inazio?", le pregunté.

— "Que hoy, por fin, lo he conseguido".

— "¿Qué, tan importante, has logrado?".

— "Hoy he encontrado, después de muchos

intentos, unos calzoncillos de los de antes, con apertura lateral. Ahora todos los calzones modernos son estancos. Con pata, con tejido goxo, pero sin apertura directa. ¿Tú sabes qué incómodo es eso? Yo que estaba acostumbrado al acceso directo, me sentía atezado". Me dejó boquiabierto. Jamás habría pensado que un slip generara un estado de ánimo tan alegre como el comprobado. Estaba yo tan confuso que Inazio se dio cuenta: "Lo que pasa es que tú siempre has usado el mismo tipo de calzoncillos —me dijo y yo asentí— y no has sufrido las moderneces del mercado, pero los que vivimos fuera de la metrópoli nos vemos obligados por la innovación de la ropa interior y esta es de una incomodidad que no te haces ni idea. Cada vez que tienes que orinar te ves obligado a desabrochar el pantalón, bajar el calzón, sacar el órgano dirigible y evacuar. Con el grave riesgo de salpicarte. Los calzoncillos de antes eran otra cosa. Abrías la cremallera y con un simple movimiento despejabas el camino. Ahora todo se complica. Por eso estoy contento, porque he comprado una docena de mudas de las de toda la vida, blancas, con cinturilla elástica y apertura en la huevera".

"Beatus ille", pensé. No creía que algo tan prosaico fuera capaz de levantar —perdóneme la expresión— las pasiones. Pero pronto comprobé la relevancia del diseño de la denostada prenda masculina. Iba yo meádomme todo por aguantar la micción hasta el extremo y entré al baño masculino de una ilustre cafetería. Allí, encontré una situación que me dejó perplejo. En la fila de urinarios situados frente a la puerta de acceso (tres mingitorios), había un individuo de mediana edad haciendo aguas menores. Lo extraño de la imagen no era ni el cuadro, ni la pose. Tampoco desentona el hecho de que el individuo en cuestión silbara mientras se aliviaba. Lo extraño era que aquel desconocido tenía los pantalones bajados a la altura de los tobillos. En la operación de retirar el cinturón, abrir la bragueta, retirar el calzón y comenzar la operación de vaciado de vejiga, el pantalón se había deslizado dejando al hombre semidesnudo de cintura para abajo. Y allí estaba, sin asomo de pudor, o de vergüenza, casi con el trasero al aire. Me acordé de Inazio. Cuánta sabiduría atribuible a un simple culero.

El Gobierno vasco, con su consejero de Economía y Hacienda, Pedro Azpiazu, sigue empeñado en cerrar, con alguno de los partidos de



la oposición, un acuerdo que posibilite la aprobación de los presupuestos generales de la Comunidad Autónoma Vasca, para 2020. El ejecutivo de Gasteiz, a un solo voto de la mayoría que le permita sacar adelante las cuentas, sigue tenaz en persuadir al resto de actores políticos del país de la necesidad de contar con la herramienta presupuestaria para poder acometer las políticas públicas que sostengan los servicios básicos y doten de estabilidad y recursos a la acción institucional. Y todo ello en un momento de incertidumbres: económica, política estatal e internacional.

2020 será año electoral. Por calendario, toca renovar el Parlamento Vasco y, como tal, la aprobación de las cuentas se hace especialmente complicada ya que nadie está dispuesto a dar al gobierno y a las formaciones que lo componen el mínimo oxígeno que les garantiza un final de legislatura relajada. Sin embargo, esa íntima voluntad de la oposición de hacer mella en las fuerzas gubernamentales

rechazando el presupuesto desgasta a todos y especialmente al conjunto de la sociedad, que padece el interés particular y partidista frente al bien común.

Partiendo de esa base, el Partido Popular se borró de salida de un posible acuerdo presupuestario. La exigencia de una nueva reforma tributaria como condición previa para una negociación resultó una excusa difícil de digerir. Sobre todo si tenemos en cuenta que las presuntas medidas propuestas por el partido de Alfonso Alonso, de llevarse a cabo, costarían anualmente a las instituciones vascas la friolera de 1.500 millones de euros. Eso, Mixel Lakuntza, sí que es "una broma", pero de mal gusto.

Con el PP fuera de juego, dos eran las opciones que le quedaban al Gobierno vasco para sacar adelante los presupuestos: EH Bildu y Elkarrekin Podemos.

La agrupación que dirige Arnaldo Otegi había estado en el pasado ejercicio muy cerca de rubricar un acuerdo con el gabinete de Urku-

llu. Hasta el punto de que la última propuesta presentada entonces por el ejecutivo de Gasteiz recogía las exigencias mínimas de la izquierda independentista. Pero, sorprendentemente, llegado el momento de decir sí o no, EH Bildu dio la espalda al compromiso. Frente a la responsabilidad, a asumir sus propias demandas, EH Bildu prefirió quedarse en la pancarta.

Su posición en este ejercicio ha sido aún más elocuente. ¿Negociar qué? Su propuesta, por llamarla de alguna manera, fue conocida por Azpiazu quince minutos antes de que fuera presentada públicamente en rueda de prensa. Y su contenido, como un cuento de Mari Domingi a Olentzero, incluía pensiones medias a 1.080 euros, salarios mínimos de 1.200 euros e inversiones ya rechazadas por falta de concreción económica o por problemas de legalidad. Todo ello sin una mínima valoración, sin cálculo. Sin soporte de realidad. Y, lo que es peor, con la actitud del perro del hortelano, acusando a los morados de Elkarrekin Podemos de venderse al PNV por un plato de lentejas. Por la "coyuntura" madrileña y sus necesidades de "pisar moqueta". ¡Acabáramos!

Por desgracia, EH Bildu actúa siempre igual. Sigue sin madurar en la política vasca y toda su actividad se mueve en el plano táctico. Regarte en corto, confrontación y propaganda. Cada vez que anuncian voluntad de "mano tendida" es para sacudir un sopapo al PNV. Detrás de su "buena fe" siempre hay "gato encerrado". Hasta en el llamamiento de Otegi a pactar un nuevo estatus. Conmigo o contra mí. Todo o nada. Y en ese marco sabemos lo que habitualmente consiguen; nada. Ahora dicen que la "reforma del estatuto" no les gusta y acusan al PNV de actuar como "trileros". Dice Arnaldo que su intención es "saltar la tapia" del autogobierno. Y se equivoca hasta de símil. En Euskadi los "saltatapias" siempre han sido desgarramantas ganorabakos. No gente responsable.

Al inicio de la legislatura, Elkarrekin Podemos había mantenido posiciones alejadas con el ejecutivo de Gasteiz pero, a medida que el calendario ha avanzado, ha ido modulando sus posiciones hasta los acuerdos suscritos el pasado ejercicio en las leyes complementarias de financiación, aprobadas tras la imposibilidad del pacto presupuestario. Hoy, las conversaciones con los de los círculos continúan y desprenden señales positivas. No para el PNV, sino para el país. Señales positivas en defensa del medio ambiente, de la igualdad de género, de los servicios públicos. Ojalá las negociaciones fructifiquen. Sería bueno para todos. Incluso para dejar en evidencia a quienes mean fuera de tiesto. Sería como dejarles, una vez más, con el culo al aire. ●